

Domingo de Ramos (02-04-23)

Bendición de Ramos y Homilía de Monseñor Carlos Castillo
(Transcripción)

Bendición de Ramos - Palabras iniciales:

Queridos hermanos y hermanas:

Iniciamos esta Semana Santa con una alegría anticipada, porque vamos a aclamar al Señor como Rey. Pero esta alegría no es porque el Señor es un rey como los gobernantes de nuestra tierra que, para imponer su poder, someten a los pueblos, los someten a guerras, a maltratos, a represiones... los hacen ponerse a su servicio para extraerles el dinero y su sudor.

Este rey es un rey diferente, es el modo en que Dios quiere reinar en el mundo, es un rey montado en un burrito. Y ese rey viene a decirnos que el único modo de que haya reino, gobierno efectivo y real en la humanidad, es que haya amor, y amor gratuito, solidario, generoso, generador y promotor de la vida de todos, especialmente, de los que más sufren.

Por eso, ahora, vamos a aclamarlo conscientes de que, cuando lo aclamamos, acogemos a alguien que nos ama infinitamente y que, por tanto, nos convierte en personas humanas, hombres y mujeres que aman gratuita y generosamente. Este es un proceso lento y difícil de entender, pero único posible para que el pecado de la humanidad sea vencido definitivamente.

Ya Jesús, con su entrega en la Cruz, se identifica de tal manera con las víctimas del mundo que, acompañándolas, les da fuerza, pero muchos todavía quedan, especialmente, los victimarios, por convertirse. Y, en ese camino, juntos nos

debemos anunciar el Evangelio del “rey del burrito”, el Rey que nos hace cambiar, desistir de nuestras durezas y ambiciones, y nos hace abrir la mano, abrazar al hermano o hermana diferente a nosotros, y caminar juntos en un mundo lleno de Paz.

Aclamemos, pues, a ese Rey, y no confundamos esta entrada triunfal con una entrada de poder y de gloria vana en esta humanidad, sino de poder amoroso y de gloria plena de amor que Jesús nos ha dado. Caminemos, pues, en la imagen de la Catedral, del templo, a Jerusalén; subamos a Jerusalén donde el Señor va a reinar definitivamente a través de su Cruz y su Resurrección.

Homilía del arzobispo de Lima

Queridos hermanos y hermanas; queridos hermanos obispos: Estamos reunidos, hoy día, para recordar. Y recordar significa volver a meter en nuestro corazón aquello que recordamos, y recordamos a Jesús, nuestro Salvador, crucificado, vapuleado, maltratado, marginado, expoliado, desnudado, insultado, traicionado, abandonado.

Y, por eso, el recuerdo de aquello que es fundamental en este terrible momento de abandono que conmemoramos en la Semana Mayor, la Semana Santa, quiere ser también, para todos nosotros, motivo de una mayor comprensión en nuestras vidas, haciendo posible que, en las situaciones que vivimos, renovemos nuestra fe y agreguemos algunos elementos que siempre nos faltan, porque como los mismos discípulos que, siguieron al Señor (incluso Pedro que creía estar muy seguro de que no lo iba a traicionar), siempre tenemos elementos que

nos faltan para comprender la profundidad y hondura de lo que ocurre en esta semana y en esta entrega de Jesús.

Por eso, venimos a la Semana Santa para volver a la fuente de nuestra fe, sobre todo, en un país en donde nuestros antepasados, a pesar de todas las dificultades que tuvieron los cristianos de otras latitudes que vinieron, aprendieron a creer en Él en medio de su dolor, y se abrieron a su enseñanza y su camino, y nosotros, como sus herederos, continuamos perfeccionando, completando una fe que todavía tiene ambigüedades, en donde todavía nos llamamos cristianos, pero que difícilmente se nota en un país mayoritariamente católico.

Y, justamente, las semanas santas de todas las historias de nuestros años, son para poder reparar en aquello de anticristiano que existe en nosotros todavía. Y para poderlo reparar, contemplamos el misterio del Señor y nos dejamos interrogar, hacemos posible que el Señor, que nos interpela, que nos deja admirados, nos deja estupefactos por esta entrega, a veces, incomprensible, sin embargo, hay una sola cosa que comprendemos y que puede ayudarnos a completar: su amor infinito y sin medida, su amor absolutamente gratuito.

En toda la historia de las religiones, los pueblos construyen imágenes de Dios; el ser humano construye imágenes de Dios porque fue creado abierto hacia el infinito. Y, por eso, todos intentamos tener ideas de Dios, imágenes que, en parte, tienen algo de verdad, pero también pueden tener mucho de mentira. Por eso, es que hay gente también que, siendo muy cristiana, adora al dios dinero, al dios poder, porque crea dioses; y, luego, les pone velas y sigue su camino, conviviendo eso con la creencia en nuestro Señor Jesucristo, representado hoy en esta preciosa imagen del convento de Santa Catalina.

Y, por eso, junto a la Virgen de las Angustias, estas imágenes quieren ser mucho más profundas e interrogadoras, cuestionadoras, invitadoras a pensar qué estamos creyendo realmente: ¿En toda la realeza con que los hemos vestido? ¿En el oro y la plata que tienen heredada de una tradición de arte antiguo? O en las lágrimas, en los sufrimientos y en las heridas que, muy bien representadas en el genio de los autores coloniales, nos están comunicando que hay Otro que sufre en la Cruz, pero en la Cruz de cada día, el ciudadano peruano medio que trabaja con ahínco, se sacrifica por sus hijos, trata de salir adelante y, sin embargo, es marginado y maltratado de mil formas, especialmente, si es provinciano, especialmente, si es mujer y es migrante.

En el Perú, hermanos y hermanas, nos llamamos país católico, pero tenemos que serlo. Y para serlo, hay que profundizar, hay que pensar, hay que reflexionar a dónde estamos yendo. Y, por eso, en esta imagen del Rey que hemos celebrado a la entrada de la Basílica, es una imagen bonita porque se trata de un poder, un gobierno, pero es una nueva forma de poder, distinta.

¿Dónde está el poder del Señor? En su compañía, en que, cuando estaba en una situación extrema, en donde había predicado el reino (y la gente entusiasmada, lo cantaba, pensaba que después de seis siglos de sacerdotes, por fin, venía, otra vez, un rey a Israel para salvar a su pueblo como lo fue David), simultáneamente, Él no quiere ser un rey que repita la historia, sino que se introduzca en nosotros como experiencia profunda de amor gratuito y generoso, capaz de promovernos a todos y de ser personas dignas, y de ayudarnos a limar nuestra violencia, nuestro desprecio, nuestros prejuicios, nuestros maltratos, especialmente, de quienes tenemos más costumbres de maltratar. Pero como

esas costumbres son las dominantes, se difunden en toda nuestra vida de la misma manera. No hay quien no tenga algo de complicidad con esa mentalidad despreciadora, autoritaria, que inclusive, es capaz de matar por ganar prestigio, como ha sucedido con las mujeres que han sido asesinadas porque un varón tiene que demostrar que nadie le saca la vuelta.

Esas costumbres que están tan arraigadas, tenemos todos y cada uno de nosotros, que revisarlas. Si nuestro país, ahora, está callado, es porque, con la costumbre de resolver las cosas a golpes, a la gente se le ha pretendido silenciar con las armas, con el maltrato; cuando se ha podido inventar formas de diálogo, formas de tratar las cosas y también formas de pedir perdón realmente, eficazmente y no de palabritas. Si estamos en una situación así no es solamente por intereses económicos y políticos, sino por actitudes que están arraigadas en nuestras costumbres y que tenemos juntos que erradicar, todos; que nos vienen, evidentemente, de muy atrás, pero que, hoy día, sobre todo, tenemos la oportunidad, porque tenemos a Jesús que nos dice: *A pesar de todos sus pecados, a pesar de todos sus males, Yo comparto mi Cuerpo y mi Sangre con ustedes, y doy gracias a mi Padre, para que todos puedan consumirme y poder crecer y alimentar en nosotros la capacidad de amar, de ser solidario, de servir y de ayudar.*

Y estamos así, alegres, también en medio de esa tristeza tan grande que tenemos, porque esa ha sido la reacción en las últimas tres semanas ante la terrible asechanza de la naturaleza, en la cual tenemos, también, parte de pecado la humanidad, porque ha violentado excesivamente la naturaleza, creando el calentamiento global del mundo; pero, en donde también, el fenómeno natural surge de aquí, de allá y no sabemos cómo hacer.

Allí, ustedes, hermanos y hermanas, se han comportado como verdaderos cristianos. Lo tenemos que reafirmar vivamente: la solidaridad de las toneladas que han llegado de ayuda ha llevado, inclusive, a que en los reservorios que tenemos para guardar las cosas y poderlas organizar, hemos tenido que pedir ayuda a otros depósitos que nos ayuden. ¿Por qué? Porque ustedes han sido enormemente generosos, y esa generosidad y solidaridad necesitamos consolidarla en otros aspectos también.

Tenemos que superar los prejuicios contra las provincias y contra los provincianos, tenemos que superar los prejuicios contra el que no es de mi color, tenemos que superar los prejuicios que existen contra la mujer, tenemos que superar los prejuicios que hay contra la juventud (a la cual siempre acusamos de loca). Todos, en nuestra Patria, tenemos algo que aportar, una belleza incalculable que Dios hizo posible en un país perdido del mundo, en donde estamos todas las razas, todas las culturas y todos los pueblos de la humanidad. Y, quizás, podríamos, agarrados íntimamente al Dios que ha muerto por nosotros y que se ha identificado en lo más terrible, que es el sufrimiento y el abandono, así, confiados en que Él no nos quita su amor, no se separa jamás de nosotros. Ese Señor nos da la fuerza para, de esa situación terrible, sacar amor siempre.

Ese es el misterio escondido que fue revelado por Jesús hace 20 siglos, y donde empezamos una nueva manera de concebir la historia. Es cierto que unas personas han introducido elementos de poder, de desprecio, pensando que Dios Todopoderoso es el dios todo-prepotente, todo-dictador, todo-tirano, todo-amenazador, todo-incitador al miedo. Eso no

es lo genuino, eso se ha metido por nuestras culturas y nuestros inventos de Dios.

El Dios que nos predica el Evangelio, la Palabra de Dios que nos ha dejado la Iglesia para que la saboreemos año tras año, siglo tras siglo, semana tras semana, dice que Dios es amor y solo es amor, y que siempre perdona. Y que, por lo tanto, en la situación más terrible en la que yo esté, no estoy solo, porque, justamente, en el momento en el que siento, inclusive, el abandono de Dios, siento la presencia de su Padre.

Y así, se acaba la idea del “dios en general”, y empieza la historia del Dios con nombre propio: Padre, papá, papito, taitita... ¡Ese es nuestro Dios! Y, por lo tanto, también nosotros somos hermanos, porque somos hijos. Si le digo “taitita” al Señor es porque soy su hijito, su “chiuchi”, y estoy llamado a hacerme hermano, pero qué difícil es ser hermanos, pero qué importante que el Señor siempre nos lo recuerde, porque es muy exigente ser hermanos. Y, a veces, tenemos que callar, a veces tenemos que hablar, pero lo importante es que, en el lenguaje humano, estoy clamando por ser hermano siempre.

Eso que nos ha revelado el Señor y que es único entre las religiones de la Tierra, es lo que tenemos para dialogar con las demás religiones y para ofrecer a los demás pueblos. Por eso, hasta las hermandades nos llamamos hermanos, ¿no es cierto? Pero no nos olvidemos de que no somos solo hermanos entre nosotros, sino de quienes están lejos. La hermandad comienza con el reconocer que el Señor está en el más abandonado y desdichado de la Tierra, en la más maltratada e incendiada de la Tierra, apuñalada de la Tierra.

El Señor nos llama a hacernos parte de la vida y de las familias que han sido maltratadas por los perdigones y las balas que

les han caído, nos llama a identificarnos con todos los que han sido matados por obra de la violencia que algunos hermanos nuestros han ejercido. Y, por eso, el clamor del Señor es grande desde el que sufre, porque Él está en el que sufre. Esto, San Pablo VI, le llamó “el sacramento del pobre”, sobre el cual está fundada nuestra fe. Los pobres son un sacramento, un sacramento que nos obliga a cultivar y a cuidar y asumir, a identificarnos y a tratar de vivir siempre, no auto referencialmente, sino siempre en relación al Otro.

Que esta Semana Santa sea inspiradora y educadora, alimentadora de nuestra capacidad solidaria, para que no nos conformemos con lo que ya hemos logrado (los primeros pasitos solidarios que siempre en nuestro pueblo están en su gran cultura), porque tenemos que reformular todos los aspectos de la vida social, política, económica, familiar, barrial, de nuestros pueblos, de nuestras ciudades y familias.

Que Dios los bendiga en esta Semana Santa y nos permita identificarnos siempre con Jesús, y dejarnos ayudar por Él, que es el que nos salva, no nosotros lo salvamos a Él como quería Pedro. Él es el que nos salva con su amor infinito, total, gratuito, que no nos invita a temer, que nos invita a amar, porque “no hay temor en el amor”, porque “el temor mira al castigo, pero el amor expulsa al temor” (1 Jn 4,18). Y hemos de expulsar el temor en nuestra sociedad y en nuestra comunidad cristiana, para tener la valentía de vivir con honestidad y con verdad y cambiar las cosas más terribles que nos pueden estar pasando.

Que esta semana caminemos de la mano con el Señor y sigamos su camino hasta la muerte, la resurrección y la vida.

Amén.

